

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

Captura, escaneo, corrección de galeras

y cotejo de originales

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTICIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

4. 4. CERVANTES, CLAVE ESPAÑOLA

Julian Marías
(1914-)

Hemos visto que ciertas trayectorias de Cervantes tienen un carácter permanente y, por decirlo así, cruzan su vida entera y lo acompañan a todo lo largo de ella: su condición española, cauce de todas las demás; la constante pretensión de libertad, tan esencial en sus ideas como en las vidas de sus personajes; finalmente la mismidad o autenticidad como condición de la vida. Esta sería la estructura general de las trayectorias cervantinas, la pauta en que se alojan todas las demás, en cierta medida elegidas. En las trayectorias humanas hay siempre un elemento de atracción, de elección; por lo menos se elige seguir o no su llamada. Normalmente no son permanentes, se inician a diversas alturas de la vida, tienen mayor o menor duración y terminan —si es que terminan— por muy varias causas. Esta estructura compleja reclamaría una morfología de las vidas humanas, apasionante, pero no elaborada teóricamente, y que hay que tener presente si se quiere comprender una vida humana concreta.

Entre las articulaciones o ramificaciones que se presentan para Cervantes desde su juventud hay dos posibles trayectorias sumamente importantes: una la de ser soldado, otra la de ser escritor. Sabemos que hacía versos ya en el estudio de Juan López de Hoyos, que lo distinguía. Pero desde 1569, en Italia, sigue desde luego la trayectoria militar, que se va a imponer durante largo tiempo. La trayectoria de escritor irrumpirá mucho más tarde; en su primera juventud no hay más que un conato, quizá no más que una afición, pero esto no carece de importancia. Es un concepto un poco olvidado y no muy estimado pero es decisivo tener aficiones, y su ausencia da un carácter pasivo y mortecino a la vida. Las aficiones a veces se quedan en eso, pero en ocasiones con el germen de la vocación. Se cuenta que Cervantes, ya de niño, recogía los papeles de la calle y se ponía a leerlos, pero la trayectoria que por lo pronto sigue es la de soldado.

Después de la culminación en Lepanto, continúa después de curarse de sus heridas. Esta trayectoria se complica con la inesperada, involuntaria y azarosa del cautiverio, pero se puede considerar como una prolongación de la anterior. Es consecuencia de su regreso a España, tras su vida militar; es conducido a Argel como un soldado distin-

guido, con cartas de recomendación que le dan peligrosa importancia; podría decirse que es cautivo en Argel como prisionero de guerra, y su actitud de resistencia, sus repetidos intentos de evasión, perpetúan su condición de soldado. Todavía después del rescate y la vuelta a España continúa su intervención en campañas militares.

Ahora bien, si se toma la vida de Cervantes en su conjunto, la trayectoria principal y más prolongada es la de escritor —con los extraños paréntesis que antes he comentado—. Sin embargo, hay que hacer constar con la misma energía que durante toda su vida conserva la valoración de esa experiencia militar. Nunca la olvida ni la pierde de vista; gran parte de su obra tiene como asunto los recuerdos de los años de combate o de cautiverio; su máximo personaje de ficción, Don Quijote, es un caballero andante, un hombre que entiende que la vida es milicia, un hombre de armas, no un aventurero, sino el que busca las aventuras correspondientes a una pretensión precisa.

Y hay además algo excepcionalmente interesante: por boca de Don Quijote se plantea Cervantes el problema de las armas y las letras, justamente como dos caminos o vocaciones posibles, la de soldado y la de escritor. Ese discurso de las armas y las letras, que se suele tomar como un ejercicio retórico de poco interés, no lo es en modo alguno. Unamuno se limita a decir lo siguiente: «Con el buen suceso de los encuentros de la venta aumentaron los burladores de Don Quijote, a los que enderezó éste un discurso de las letras y las armas. Y como no lo dirigió a cabreros, lo pasaremos por alto.» No voy a hacerlo, porque no creo que los cabreros tengan la exclusiva del interés.

A pesar de ser Don Quijote quien habla, no hay en el discurso la menor huella de demencia, sino que es un razonamiento bien trabado, ejemplo de cordura. Cervantes se solidariza con él, respalda las palabras de su personaje. Este discurso, que comienza al final del capítulo XXXVII de la primera parte y se extiende a casi el XXXVIII, se enlaza con la historia del Cautivo, que ha escapado llevando consigo a la bellísima y enamorada mora Zoraida, ansiosa de recibir el bautismo y llamarse María; en este contexto se plantea la cuestión de la superioridad de las armas o las letras. Don Quijote va a exaltar la andante caballe-

ría, y habla de que «yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en la boca de la Fama»; lo cual, por cierto, se debe a las letras, al conocimiento literario de sus hazañas. Y continúa:

«Quítenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas; que les diré, y sean quienes fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más que buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo.» Don Quijote se extiende en el detalle de la necesidad del entendimiento en las armas y se plantea la cuestión de en cuál de las dos disciplinas trabaja más el espíritu y cuál tiene más noble fin. No habla de las letras divinas, «que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo» —lo que hace pensar en lo que unos decenios después dirá Descartes de la teología en el *Discours de la méthode*—, sino de las letras humanas, «que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, y entender y hacer que las buenas leyes se guarden». Este fin es generoso y alto, pero no tanto como el de las armas, «las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida».

Este es el planteamiento, quizá inesperado, de Don Quijote, que continúa: «Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: “Gloria sea en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fue decirles que cuando entrasen en alguna casa dijese: “Paz sea en esta casa»; y otras muchas veces les dijo: “Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros”, bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano; joya que, sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mismo es decir armas que guerra.» Esta identificación de las armas con la paz, que puede parecer una convención o un pío deseo, es algo que se justifica ampliamente y de manera acaso inesperada, como veremos. Y en seguida pasa a considerar cuáles son los mayores trabajos, si los del letrado o del que profesa las armas; y Cervantes escribe unos párrafos

bien apartados de toda retórica convencional, llenos de realidad y de ingenio.

«Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que puede ser); y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura; porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo esto, no es tanta que no se coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa; aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar a la sopa*, y no les falta algún ajeno brasero o chimenea que, si no calienta, a lo menos entibie su frío y, en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias; conviene, a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algún banquete.» Y añade que, al cabo de su carrera, pueden los estudiantes prosperar, mandar, gobernar el mundo y gozar de todas las comodidades.

¿Es más rico o padece menos el soldado? A ello responde Don Quijote con una descripción realista de la vida militar, reflejo de la larga experiencia de Cervantes tan presente en todo el discurso, que no comprendo cómo ha podido ser desdeñado y casi relegado al olvido. «Y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, a lo que garbear por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca, que, como sale del lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, con toda naturaleza. Pues esperad que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha; que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, a todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio: lléguese un día de batalla; que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algún balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, o le dejará estropeado de brazo o pierna». Y añade todavía que los muertos son muchos, y los heridos también, y los premiados muy pocos. De manera que los trabajos y padecimientos del soldado son incomparables con los muy serios del estudiante o letrado.

Y con esto llegamos a lo más interesante, la justificación de la supremacía de las armas, que Don Quijote sustenta. Y todavía, al hacerlo, da Cervantes una vívida pintura de los peligros y sufrimientos que arrostra el soldado en campaña o en el mar, poniendo en ella toda la eficacia literaria que le viene de haberlos vivido. «Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a estas adherentes que, en parte, ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que, hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta o guarda en algún rebellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí en ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisadamente ha de subir a las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventaja el de embestir dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón; y, con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario.»

Todavía, tras estas líneas casi autobiográficas de Cervantes, sigue Don Quijote, como caballero andante, con la tradicional diatriba contra las armas de fuego, con las cuales un cobarde puede derribar desde lejos a un esforzado caballero. Tras las condiciones reales de la guerra, el ideal de los tiempos heroicos con que sueña el Caballero de la Triste Figura.

El núcleo del discurso es, en primer lugar, la exaltación de la paz como bien supremo de este mundo y la consideración de las armas como defensoras y aseguradoras de la paz. «Dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo

que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrían sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión a que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas.»

Las armas contra la fuerza y el desmán; las leyes no son leyes si no tienen vigencia, es decir, vigor, si no tienen poder de coerción, que les viene de las armas al servicio de la paz. Sin ellas no podría haberla, porque no habría seguridad ni defensa contra la violencia. En las armas, tal como las entiende Don Quijote, está la garantía de la paz, y por tanto la convivencia, el imperio de las leyes y, finalmente, el florecimiento de las letras.

* * *

En este admirable discurso de las armas y las letras hay una pequeña trampa. Deja Cervantes de lado las letras divinas para ocuparse de las humanas; pero habla del letrado, del hombre de leyes, del jurista, del que formula las leyes, que han de ser buenas y sostenidas por las armas. Pero hay otras letras, que son precisamente las que Cervantes cultiva, las que han hecho famoso a Don Quijote. En la segunda parte, tan distinta de la primera, como veremos, Don Quijote es conocido y reconocido, porque se ha publicado su historia, la novela cervantina; y siente la gloria, que en el primer *Quijote* no tenía, y con ella algunos inconvenientes. Son las letras las que han dado resonancia a Don Quijote, la literatura, no las leyes. La fama de Don Quijote es debida a un novelista, porque su libro es una novela. Y hay el poeta, el dramaturgo, el inventor, el que goza de esa vivencia del descubrimiento y la expresión de la belleza, la creación de personajes, de escenarios, reales o imaginados, la reminiscencia de lo heroico: Lepanto o Argel o las hazañas fabulosas de los libros de caballerías. Todo eso vive, justamente porque el hombre de letras lo cuenta, lo recuerda, lo inventa, lo exalta. Se vive en la memoria o pervive en la fama mediante el talento literario, gracias a las letras que Don Quijote omite.

Y estas son las que van a interesar a Cervantes, a las que dedicará su vida. Tal vez siente una estimación superior por las armas, acaso les encuentre más mérito y sacrificio, pero —dejando aparte que ya se le ha pasado su hora, que son sobre todo un ejercicio de juventud— el

corazón se le va detrás de las letras, que son su vocación más fuerte y duradera.

La invención es lo más parecido a la creación. El hombre no puede crear, pero es capaz de esa cuasi creación que es la invención, de la que Cervantes es maestro. Las letras permiten superar las limitaciones de la vida real, hacen posible una irreal dilatación de ella. La palabra «autor», *auctor*, significa eso: es el que aumenta el mundo, le añade algo; no lo crea de la nada, pero lo hace con las cosas, con los recuerdos, con imágenes, con sueños; con lienzos, pinceles, sonidos o palabras.

989898, Julián. “Soldado y escritor: la evasión y el recuerdo”, en *Cervantes, clave española*. Madrid, Alianza Editorial, 1990. (LB, 1501), pp. 131-139.